

Dos Narradores Puertorriqueños

Angel Rama

La cultura puertorriqueña ha trascendido poco, y desde luego menos de lo que merece, al ámbito hispanohablante del continente. Obvia consecuencia de su situación política pero también de erradas perspectivas sobre su vida intelectual que se han difundido en la América Latina. Desde creer que su lengua es un modelo español, sin saber que es el único país que sigue fervorosamente celebrando todos los años el Día de la Lengua, hasta pensar que sus escritores se limitan a imitar los modelos norteamericanos, cuando exactamente al contrario es de las literaturas en que menor influencia han tenido los grandes escritores de Estados Unidos y que más viva conservan su vinculación con las letras peninsulares. Pocos creadores han vencido ese cerco, acrecentado por el insularismo que tiende en las Antillas a bloquear la expansión de las culturas y su normal enlace con las restantes islas del Caribe: en el siglo solo un narrador realista de vigorosa imprenta, Zeno Gandía, y un poeta más conocido por su poesía negra que por sus delicadas invenciones amorosas, Luis Palés Matos, han alcanzado alguna popularidad. Escritores de la magnitud de Llorens Torres, de Antonio Pedreira, Francisco Matos Paoli, René Marqués y tantos más, no integran el repertorio general hispanoamericano y si lo ha logrado un narrador como José Luis González puede atribuírse a sus veinte años de vida en México.

Es también cierto que muchos de los mayores puertorriqueños tampoco intentaron vincularse al resto de la comarca hispanohablante. Por esa cualidad Hostos es visiblemente un hombre del siglo XIX. En este siglo hubo que esperar a las generaciones más jóvenes para que presenciáramos ese afán de integración a la cultura hispanoamericana a la cual legítimamente pertenece Puerto Rico, tarea que han cumplido ayudándose del clima favorable que creó el "boom" de la narrativa que aquí al menos probó una condición benéfica que puede reflejarse en otros aspectos.

Entre los integrantes de esta generación nueva, dos narradores han ofrecido obras de calidad artística muy notable, que han llamado la atención fuera de las estrechas fronteras de la isla. Son ellos Luis Rafael Sánchez (1938) que tenía en su haber una considerable producción, preferentemente de teatro y ensayo, cuando dio a conocer su novela *La guaracha del Macho Camacho* (1976) y Rosario Ferré, que en su revista *Zona de carga y descarga* había publicado cuentos y poemas que ahora ha reunido en un libro compuesto sabiamente, titulado *Papeles de Pandora* (1976). Tras los prestigiosos maestros, y la desarrollada tradición literaria de la isla, con estas obras se percibe una modificación sustancial de la literatura puertorriqueña: sin perder su mordiente crítico adquiere una dimensión más libre e inventiva, accede a un universo popular jocundo más representativo de la vida nacional, triunfa en un lirismo nuevo o descubre el territorio inédito del humorismo, sobre todo se entrega a estructuras artísticas más sofisticadas al tiempo que le pierde miedo al habla corriente.

Esto último es muy importante. En un país que por razones políticas ha cultivado un verdadero purismo en los círculos académicos y universitarios, atendiendo al buen decir según las normas peninsulares de un modo que no ha conocido el resto de la literatura hispanoamericana, aislándose por lo mismo de la veta inventiva popular (plagada de anglicismos, como en el sur del continente ha estado plagada de galicismos) y escribiendo pulcras obras en una lengua que hableran envidiado los propios españoles, la operación que cumple Rafael Sánchez en *La guaracha del Macho Camacho* vale por una proclama de libertad, una apropiación desenfada del pueblo de su país a través de su lengua, la cual maneja en sus vertientes: como invención sintáctica y lexical espontánea y como imitación de los subproductos de la radio, el periodismo y la televisión, utilizando sus fórmulas alienantes aunque de un modo creativo. Algo de eso habían hecho los narradores puertorriqueños (René Marqués, Pedro Juan Soto y en particular Emilio Díaz Valcárcel en su excelente y singular *Figuraciones* en el mes de marzo, 1972) pero aquí esa lengua bastarda no se limita al habla de los personajes ni a algunas situaciones sino que invade el libro todo, que es importado como un discurso dirigido frontalmente al lector cómplice que vive dentro de esa misma lengua. La complicidad es el

primer término lingüística y paralelamente informática, pues el libro está escrito en libre puertorriqueño para libres puertorriqueños, lleno de guiñadas, alusiones, juegos de palabras, referencias a casas, productos, calles, fiestas compartidas por todos. Que a pesar de ello sea disfrutable por el lector de cualquier país latinoamericano no hace sino probar las situaciones similares que viven nuestros pueblos, dicho esto sin mengua de reconocer un acento típicamente isleño y antillano, por lo tanto emparentable con productos artísticos característicos del área, desde García Márquez a Cabrera Infante. No por nada se ha dicho que las Antillas es un solo país.

La novela se convierte en el expectante anuncio radial de una guaracha, cuyo lema es: "La vida es una cosa fenomenal / lo mismo se da de alerta que pal de atrás". Pero mientras se la anuncia y llega, es la sociedad puertorriqueña entera la que se repasa en una serie agitada de tipos y situaciones que recorren la escala social (del senador a Iris Chacón), un friso cuya jocundia es realizada por el ritmo musical por el incesante uso de homofonias que añejan a ese "papel secundario de la función poética" para constituir la piel o el vestido de lentejuelas de una desoladora y sordida realidad. Pues la misma dualidad de la lengua se repite al nivel de la estructura narrativa, desglosando una apariencia arrebatada, loca, sensual y fascinante, de una denotación continua de realidad miserable, opaca, deprimente, carente de todos los valores superiores. El mordiente crítico tan característico de la buena literatura puertorriqueña ha sido trasladado a la propia estructura narrativa y no meramente insertado como un mensaje explícito del autor o los personajes. Este acierto de Rafael Sánchez sustenta la verdad de su novela: poniendo en liviana música, en apelación publicitaria de felicidad, a una sociedad entera, devela con mayor acidez su inuidad, la falsificación de la vida que procura.

También Rosario Ferré trabaja en *Papeles de Pandora* el universo de la alienación, y aunque es capaz de recorrer suburbios y tipos populares en sus cuentos, la atracción dominante es el satisfecho universo de los poderosos, la vanidad de sus vidas opulentas, la calidad de fantoches de sus ejecutivos, la risibunda cosmética de las mujeres del Beautiful People y la irritación del Super Adorable People. Hasta ahora no había sido develado con tanta perspicacia, manejando sus propios elementos componentes, con una ironía tan despectiva y casi aristocrática, como si fuera la duquesa de Lanzeals opinando sobre las damas de la Chaussee d'Antin. También la ordenación del libro de Rosario Ferré subraya la calidad de friso de una sociedad (aunque aquí el material cuentístico está más subrayado) puesto que enhebra cuentos, estampas, poemas narrativos, en una sucesión que busca la misma calidad arrolladora, el mismo ritmo agitado de torla saga que exprese una totalidad.

Pero las calidades más altas de este primer libro no pueden buscarse en su exasperada denuncia de la alienación de un círculo de elegidos que imitan provincialmente los modelos, no digamos norteamericanos, sino más cercanamente, de Miami Beach, componiendo una grotesca farándula, sino en la salvaguarda de otros valores ahogados por esa mascarada y que se definen en el aisla lírica, en el hallazgo de la belleza, en la percepción de sutiles iluminaciones (*El hombre dormido*) en que se patentiza la posible verdad de la vida.

Aquí el registro de lo auténtico y lo espurio caminan por vías diferentes, se alternan en la serie de textos sin llegar a conjugarse dialécticamente. Rosario Ferré reconoce y acomete con decisión la sociedad falsificada, pero concede un sitio diferente a esa otra línea tradicional de seres humanos y valores (*La muñeca menor*, *Amalia*). De tu lado al paraíso que conservan el pasado bajo formas máximas donde aún es posible la poesía, defendiendo por último un puesto para quienes vuelven a proponer la eventualidad de lo humano aún dentro de la sociedad alienada (*La bella durmiente*). Su escritura mezcla de un modo extrañamente complementario una enojada expresión lírica y una torpe articulación narrativa, un poco a

Angel Rama

Imagen de lo que ocurría en *Paradiso* de Lezama Lima, pero no se trata de la remanencia del poeta dentro de formas ajenas pues los mejores momentos poéticos del libro no están en sus poemas sino en sus cuentos, sino de una armonía que podemos gustar a partir de las enseñanzas del surrealismo. Ese parece ser el camino original de Rosario Ferré, del que pueden esperarse soluciones plenas y descubrimientos audaces.

En ambos libros se reconoce con certeza la fórmula de imprenta: "Escrito en Puerto Rico". Aunque ambos autores han salido de la esfera obsesiva de la denuncia social y política que caracterizaba a las letras puertorriqueñas, no han salido, ni es previsible y deseable que salgan, de la igualmente obsesiva esfera de su propia sociedad contradictoria y desgarrada. Para ninguno parece viable una aventura personal desligada de lo social y es este último elemento el que invade, solivianta y enriquece las peripecias concretas de personajes y aún la visión de las cosas. Están puestos en el centro del drama y aunque puedan mirarlo con burlón escepticismo en un caso o con indignado furor en el otro, ambos autores saben que son personajes en ese pequeño pero apasionado escenario.

—0—

Rafael Sánchez: *La guaracha del Macho Camacho*. Buenos Aires, La Flor, 1976, pp. 256. Rosario Ferré: *Papeles de Pandora*. México, Joaquín Mortiz, 1976, pp. 207.